

TRADICIONES DE TACNA

Edmundo Motta Zamalloa¹

RESUMEN

La fresca tradición oral de los pueblos rurales de Tacna, a cuya escucha se llega al atardecer el día, nos acercan a su historia, a su moral y a sus costumbres convertidas en relatos para ser transmitidos de una generación a otra. En esa cadena de narradores la historia contada sufre cambios, al ganar o perder elementos, dependiendo de la fidelidad de la memoria y de la habilidad del narrador. Ocurre con los cuentos del pueblo lo que con sus remedios para la salud. Aunque son muchos los que saben de las virtudes de una yerba y todos pueden contar los cuentos, hay un diestro curandero para el cuerpo y el alma y un cuentero que conoce mejor las historias del pueblo.

Ofrecemos aquí un adelanto del material de que disponemos, captados en distintos momentos y lugares de los altos de Tacna y tratados libremente por el autor. Para resumir en una frase: son historias del pueblo vueltas a contar.

LA LUNA EN EL LOMO DE LAS MULAS

Una recua de mulas avanzaba en la noche hacia los pueblos del Alto Perú, Oruro o La Paz de Bolivia. A su paso por los valles o en los helados campos de la puna se escuchaban ruidos de cascos, bufidos, gritos del arriero solitario y silbidos con que pretendía corregir el ritmo de la marcha. Tilín tilín tilín, las esquilas de metal que pendían en el pescuezo de la mula madrina enseñaban el camino.

Si el ruido de los cascos despertaba del sueño y hacía pensar en la luna llena, las esquilas hacían imaginar tesoros fabricados con esa plata caminante que juntaba el mar con la cordillera a través de esa modesta mensajera que era la mula. La paz de los pueblos se turbaba por un instante; algún perro saludaba con su aullido desde el patio de una casa sumergida en el paisaje.

Cuando la recua asomó a mitad de la noche tocando apenas por un costado el poblado de Talabaya, alguien que no era precisamente un asaltante de caminos, pero que vivía desde siempre vencido por la ansiedad, se deslizó por una orilla del camino y vio: sobre sus lomos blancos las mulas

llevaban voluminosas cargas que el hombre imaginó con una antigua ilusión.

Aproximó el cuerpo con el sigilo del puma. Por suerte las mulas iban solas, probablemente porque el arriero durmió en alguna parte o se retrasó en algún pueblo con una amante campesina, y las mulas que no podían esperar siguieron su camino. Aprovechó la siguiente curva y apostó el cuerpo tras la sombra de un chañar. Dejó pasar a la mula madrina segura en sus pasos y seguida por las demás que andaban a ciegas tras ella. Cuando no quedaba sino la última, algo fatigada, saltó sobre su presa y la separó del resto. Sin espantarse, las demás continuaron su largo trajinar.

Pobre o afortunado el hombre de Talabaya llevó la mula a su casa, como por descuido.

Liberó las amarras de la carga y ató la mula en un rincón del patio.

Sin saber todavía cómo terminan los raptos, el hombre se echó a esperar que la luna menguara. A poco pensó si era un sueño dentro de otro sueño.

Durmió o no, mientras esperaba esa larga noche, no se sabe. Pero cuando ya había avanzado el sereno y la Tierra se podía ver en todas sus formas, lo primero que se le ocurrió al hombre de Talabaya fue buscar a la mula. Vaya una sorpresa, a pesar de que no lo era. La mula había desaparecido.

1. Antropólogo.

Cabizbajo, el hombre estaba seguro de que había soñado, que la mula no era más que un sueño, y bien sabía que las mulas en el sueño anuncian un largo viaje, a tierras muy lejanas. No había ni una huella de que hubiera dejado allí, amarrada al horcón, una mula, o algo parecido. Ya más convencido de que a veces los sueños son más reales que la vida, dirigió por un caso sus pasos al lugar donde pensó (o soñó) haber dejado el cargamento. Estaba casi seguro que había desaparecido con la mula. Caminó como quien no quiere andar, y ¡Oh, sorpresa! Ahí estaba el cargamento que no era de tocuyo, lanas, ni cebada, ni aceituna, sino duros de oro y plata y hermosas joyas con extraños adornos. El hombre de Talabaya dio un paso atrás, otro adelante, temeroso palpó los metales que no se esfumaron entre sus dedos, pero estaba tan seguro que eso no podía ser sino un sueño, y lo siguió siendo aún cuando brilló sobre los metales toda la luz del sol.

Lo real es que la mula había desaparecido sin dejar un rastro, y lo ilusorio que aquel oro y aquella plata tenían ley propia. El hombre permaneció oculto en su casa algunos años sin animarse a confesar su sueño; pero tal vez en espera de que se presentaran sus legítimos dueños desde algún lugar de la Tierra. Los años siguientes siguió oculto extremando su vigilancia para evitar que otros le arrebataran su sueño.

En las silenciosas calles de Talabaya empezaron a aburrirse con la misma historia. ¿Cómo era posible que un hombre tan cuerdo como Lucas haya podido tocarse de la cabeza, así tan de un día para otro? Daba lástima y despertaba cólera pues ya no ayudaba en los cultivos y se había vuelto inútil en el pueblo. Aislado del mundo, Lucas vivía en la sombra de su casa, flaco como un esqueleto, sobreviviendo apenas con algo de comida que una anciana caritativa le llevaba de vez en cuando. Por ella es que sabían que Lucas no sólo estaba raquítico, sino feliz.

LA LLAMA CELESTE

El hombre se había despertado de súbito. Nada alrededor lo perturbaba, ni un ligero ruido, ni el más leve movimiento que insinuara la sombra. Sin embargo, tenía los ojos abiertos, su cuerpo se alargaba totalmente reposado sin los aprontes de frío o calor. El hilo de plata que cruzaba la oscuridad no hacía más que confirmar que aún estaba lejos el amanecer. ¿Lejos? Tal vez andando podía darle alcance. No importa si se topaba con el ronco, o le siguiera los pasos el arriero fantasma, o le alcanzaran los lamentos de alguien que todavía no había atravesado el río de la

muerte. Se vistió y quiso salir, caminar aunque sea al partidido de Irabalaco, nada más que por ir y caminar, haber si el andar le devolvía las ganas de dormir. Abrió la puerta, de prisa, y se encontró con la tierra dormida, llena de oquedades negras y de árboles plateados por la luna. Se distinguía el camino, apenas un rasguño de serpiente echada más arriba del canal de regadío, huyendo de la quebrada. Si los pies no se habían echado a andar fue porque algo impreciso lo contuvo, algo como la idea de aguardar la proximidad del alba y acaso el brote de los pájaros cuando se desperezan en los árboles. Algo impreciso posaba la mano en su pecho, aunque otra más imprecisa aún lo empujaba por la espalda.

La ansiedad acortó el camino; hizo salir el sol antes de lo acostumbrado. Delante del estropicio en que habían convertido su parcela despertó por segunda vez como después de un prolongado sueño. Transpiró. Las rodillas tremolaron como hojas secas al descubrir sobre las melgas frescas y húmedas, extrañas, reales y palpitantes marcas de llama, inconfundibles pezuñas que terminaban en punta e iban siempre en parejas. Su rabia se hizo más grande al comprobar que en las demás parcelas el aire soplaba cultivos intactos y sólo a él, a Kuwa Ila, habían elegido quien sabe por que oscuras intenciones. El filoso perfil de acero protegido por la funda de cuero se alzó en el aire, y guió al hombre por insospechados atajos buscando cuerpos de llamas que estarían rumiando ocultas bajo algún árbol.

No sólo la tierra no había retenido los rastros que buscaba; tampoco sabían nada en el pueblo, y menos que hubieran visto una llama ni sentido su olor a yareta fermentada por algún sitio. A menos que fueran los animales de Eladio Chura y Urelío Laura, cuyas majadas se habían deshabitado el último día para el traslado de coca y sal, pero que habían pernoctado en apriscos de adobe y piedra, y el pastor en la puerta, por un caso. ¿De qué los acusaba Kuwa Ila? ¿Mentía o se estaba volviendo loco? De todos modos les quedó la duda a Eladio Chura y a Urelío Laura; si no fueron animales de alguno de ellos, entonces había que escucharle a Kuwa Ila, no fuera que después les ocurriese lo mismo, y nadie sabía nada. Y más por entender aquello que estaba empezando a parecer un misterio, lo acompañaron.

Con aire que se les amontonaba en el pecho vieron las papas pervertidas por menudos cascos, dispersas por las melgas. Recorrieron con piernas asustadas el contorno de la chacra convencidos de que la seguridad no dependía sólo de la altura del cerco.

--No se ve ningún portillo por ninguna parte-- dijo Urelío Laura.

Kuwa Ila reparó en el detalle. Efectivamente, no había ningún portillo, avivó los ojos para estar seguro de que no había ningún portillo, ni huellas de que hubieran reconstruido el cerco. Y el cerco tenía casi la altura de un hombre plantado en sus pies como para pensar que una llama, así fuera de las majadas de Huaytire, podría vencer el cerco sin haber dejado en la arista un mechón de lana.

Se quedó solo, como en la madrugada, viendo que los demás se marchaban también pensativos. A su lado caía, pesado e inútil, el cuerpo de acero.

Esa noche sus párpados volvieron a velar, espumosa la boca rumiaba el fuego de la cólera. Le molestaba sobre todo la idea de que los depredadores de su parcela se estaban escapando sin que pudiera identificarlos.

Más despacio que en la madrugada anterior cerró la puerta de su casa. No quería despertar a los perros que podían despertar a los hombres, no quería que sospecharan que Kuwalla andaba detrás de los espíritus. Encima de todo, que nadie perturbara su deseo de desenredar un engaño. Así es como el hombre y el alba se encontraron en la parcela.

Ya no era oscuro y el sol estaba por salir, pero la noche se había quedado en su chacra. Otra parte de papas se había perdido de la misma manera. Sus ojos recogieron de nuevo aquellas huellas idénticas, recién puestas sobre las melgas. Y otra vez comprobó que el cerco continuaba entero.

Mudo como la piedra subió donde Vinchak, sin hacer ni responder preguntas de gentes que habían salido a la colina a cazar algo de la tibieza de sol o andaban ateridos de frío por las umbrosas y retorcidas calles del pueblo. Pasó de largo, furioso, con el puñal y la botella de aguardiente que se bamboleaban a sus costados.

Al llegar a la torre reconstruida del viejo templo, cuyo techo coincide, allá arriba, con el extremo de los eucaliptos más altos, y desde donde se domina el reposo del cementerio, levantó una tranca de aliso y entró como en su casa.

Vinchak oyó sus quejas. Sin dejar de chacchar coca, sin hacer gesto alguno. Entre los dos estuvieron hablando el día completo sobre las maldades del hombre.

--Si vinieron dos noches seguidas, es seguro que

volverán una tercera vez.

Kuwa Ila se decidió. Si ese año, como estaba visto, no tendría ni semillas para la próxima siembra, podía al menos cortar carne, torcer vellón de lana para hacer mantas o sogas, y cuero con que cubrir el asiento.

--Te daré las cabezas, no me gustan los ojos muertos de la llama.

Desde que se fue el Sol estuvieron los dos solos en la orilla del acueducto, ocultos por la sombra de un molle, hablando quedo. Renovaban coca para no dormirse, de rato en rato volteaban una copa de aguardiente para darse valor.

La noche subió con racimos de estrellas. Sobre el Barroso una antigua luna sonrió. Vinchak se arrastró un trecho para tener libre la visión del cielo. Se quedó contemplándolo con un regocijo infantil, reconociendo cada cosa como en un gigantesco mapa desplegado sobre una sábana negra.

--Esa es la Cruz del Sur --apuntó Vinchak--, este año habrá bastante lluvia porque va derecho al Kumayli.

Kuwa Ila entristeció. «Sí», pensó, «que llueva mucho».

--Aquél montón de estrellas alargado encima del Gran Lago dicen que es una llama-- volvió a decir Vinchak.

Kuwa Ila irguió el tronco para fijarse mejor en esa constelación que bien podía tener la forma de una llama, aunque le resultaba imposible distinguir la cabeza, el cuello, las patas. En medio de confusas luces sólo se podía ver el perfil de un cuerpo prolongado que se hacía más estrecho en el confín del cielo. Algunas luces acababan de encenderse y quizá después aparecería la llama que decía Vinchak. Era la paz completa en la Tierra. Las oquedades donde no alcanzaba a iluminar la luna dormían un sueño profundo, los nevados del Barroso resplandecían aún más.

Atrapadas por el silencio las estrellas tejían su propia fiesta. Una de ellas que parecía perder quietud llamó la atención de Kuwa Ila. Mientras que las demás permanecían imperturbables en su lugar, esa otra vibraba o empezaba a vibrar describiendo un paso tan breve, apenas perceptible. Como si no hubiera encontrado sitio, o más bien como si la hubieran rechazado, trazó una curva larga por debajo de la constelación y fue cayendo por todo lo ancho del espacio a perderse raudamente detrás del nevado de

Caparaja.

Una sensación de temor acudió a su corazón. La estrella había caído cerca de donde estaban ellos y bien podría convertirse en un gran incendio.

--¡Ahí está!-- exclamó Vinchak.

Todavía estaba en su memoria aquella estrella cuando Kuwa Ila entrecerró los ojos y vio una llama blanca que devoraba apaciblemente las papas de su parcela.

La visión duró una eternidad. Era tan blanca como la nieve, tan brillante como una estrella, pero devoraba las plantas como cualquier animal de este mundo.

--¡Tras ella!-- se animó Kuwa Ila sacando de sus adentros un rencor oculto.

Para no espantarla, pasos sigilosos orillaron la parcela.

La llama levantó la cabeza; ágil y desconfiada se quedó inmóvil todavía con una rama de papa entre los belfos. El mundo se detuvo, todo ruido fue atado y sólo el resplandor de luna habitaba la noche, hasta que el hechizo cedió al paso de la llama blanca que salvó el cerco y echó a correr sin dejar rastro en la tierra de su luminosa huida.

Sus perseguidores tropezaron con cercos, plantas, arbustos; llamándola a grandes voces, poseídos por la fuerza del cazador invencible estuvieron corriendo a través de las terrazas, el campo abierto de yaretas y pedregales, cada vez más cerca y más lejos del animal fugitivo, listos para arriar el laso o disparar el puñal. Las horas se consumieron en minutos con la misma seguridad con que la llama fugitiva equivocó de sendero y en vez de fugir por la pendiente de los queñuales entró por el abrigo de las peñas de Cauruni. Se detuvo un momento brevísimo, lo suficiente como para que sus perseguidores pensaran que ya la tenían cautiva, pero en aquel mismo instante, cuando más cerca estaban de nada, la tierra se fue alejando por lo bajo, cada vez más distante, mientras la llama blanca, vuelta hacia ellos con sus enormes ojos de piedad, se elevaba y cruzaba por la mitad de aquella lámina de granito como quien atraviesa el agua o el aire. Su intenso brillo fue disminuyendo de tamaño hasta ser nada más lo que era: un punto de luz, navegante de los tiempos, encima del Gran Lago.

LOS SONIDOS DEL BRONCE

Cuando empezó la guerra, los chilenos venían por

la estepa del Barroso, corriendo a pie o desbocando sus caballos. Se apropiaban del agua, de la tierra, del aire, de los ríos, de los pájaros. Decían que su pueblo comenzaba en las tierras del fuego y atravesando el tiempo terminaba en los extremos del hielo. Así era Chile, un gendarme con botas de matar, y sable con que daba pasaporte a las aguas del poniente.

--Dios te salve, Tarucachi.

No era tiempo de truenos y el río bajaba mudo. El viento sólo arrastraba un remolino de sables y el rebuzno de cazadores. El mundo se encerró en un pequeño círculo. La sangre quería reventar en las venas. El sol los abandonaba.

--Dios te salve, Estique.

El cura Demetrio Rosas se dolió por la estatua de San Benedicto de Abad, por la Virgen del Rosario y la de la Concepción, por los objetos litúrgicos de oro y plata, por las campanas de bronce legítimo. Sintiendo doblarse, dejó que se fuera en la espalda de su fiel cocinera el pequeño crío que todavía no alcanzaba a decir papá. Pero sus ojitos inocentes parecían entender que el hombre de Dios sólo era carne desgarrada que se marchaba por el camino de la estepa en vez de venir junto con todos los que podían cruzar las aguas del río Ticalaco, apurados en salvarse de las raíces del sauce.

De todos los que huían despavoridos porque el enemigo no dudaba en pasarle el sable cuando encontraba un obstáculo, por pequeño que fuese, diez rostros pálidos, los últimos que el Cura vio en el pueblo se enfrentaron a los designios de la suerte, tal vez empeñados en demostrarle al Cura que la fe no sólo mueve montañas de piedra sino que era capaz de llevarlos a la gloria sin ser heridos de muerte.

Cuando todo había acabado, el Cura se sintió invicto y más lúcido que nunca lloró al pie de la campana sepultada cuyos dobles no volvería a oírlos quien sabe hasta el día en que los ángeles lo llamaran de la muerte. Pero tenía al menos la seguridad de que las estatuas divinas velarían desde las raíces del sauce por los débiles que quedaban al desamparo sobre la tierra. Por si extrañaran los domingos, los dejaba en custodia el cáliz de oro, los candelabros de plata, las pinturas del siglo dieciséis.

Oró la noche sentado sobre una solitaria piedra y el día pareció tan incierto como el camino que lo extravió cuando tuvo que responder a un insolente gendarme que se iba del mundo expulsado de sí mismo.

Así que los chilenos encontraron un pueblo sin

habitantes, casas sin puertas, un templo sin santos, una torre sin campanas, una serpiente de aguas sin voz, un silencio sin nacimiento y sin fin.

Y cuando esas tierras fueron devueltas en 1925, los sobrevivientes retornaron a reconstruir la historia de sus dominios. Los más viejos llevando el recuerdo de sus muertos, los más jóvenes con la ilusión de estar conquistando un mundo, subieron a Tikajasa para desenterrar en principio la campana, convencidos de que al oír sus dobles volverían los muertos a la vida, los ausentes a su pueblo. Sólo que les habría de costar muchos años de búsqueda sin encontrar huella de que el suelo fuese profanado y sí, en cambio, la idea firme de que también el bronce con ser metal se derretía en el subsuelo igual como se pudre la carne.

Tan igual como la carne que tuvo voz, el bronce que tañó durante cientos de años convocando a las almas para acompañar las celebraciones del Cura volvió a ser oído en el territorio restaurado pero de un modo distinto que sólo podían oírlo las gentes que ya estaban con un pie en el otro mundo, cuyo tañido en el momento de la agonía era anuncio inequívoco de que estaba listo para seguirle los pasos del Cura por la estepa interminable del Barroso.

EL REVÉS DE LOS PASOS

Con la plata que explotaban los españoles, tan clandestina como la mina de Andamarca que desfloraban, no sólo convirtieron en barras con los que adoquinaban las veredas de sus casas, en cerrojos de bellos motivos que pendían en las porterías, en ley de todo lo que fuese metal desde utensilios de cocina hasta los enchapes de las sillas de montar, pasando por los candados de castidad y las espuelas de montar, sino que dieron pose y soltura al comercio convertidas en monedas selladas con el nombre y figura del español andamarquino de más valor que el peso ensayado que venían allende las montañas regimentadas por el Virrey.

Claro que las noticias llegaron a oídos del representante del monarca en tierras del nuevo mundo aunque tardaron varios años siguiendo una cadena de postas de legendarios arrieros y veleros que dieron por efecto que el Virrey enviara a su lugarteniente para averiguar la verdad y descargar sobre los falsificadores de su nombre la justa ira de Dios. Pero avisados con tiempo por los chasquis que habían aprendido a dominar el caballo mejor que los mismos mensajeros del Virrey, los mineros de Andamarca afiataron la plata en una

larga recua de mulas, pues estaban convencidos de que un pleito con Dios y su representante en la tierra era una guerra perdida desde el comienzo, y decidieron por una vez y para siempre jamás irse a tierras sin bautizar y por caminos sin explorar como auténticos profetas de aquel poeta que cuatrocientos años después rezara para la memoria de la plata y el oro «caminante, camino se hace al andar», y así partieron con destino a Bolivia como dejaron dicho a los asombrados testigos que los vieron partir al encuentro de la Luna. Lo que nadie había sospechado entonces era que los fugitivos andamarquinos habían cuidado de colocarles a las mulas los herrajes al revés, de modo que siguiendo aquellas huellas impregnadas en el barro sus perseguidores supieron que en vez de dirigirse hacia Bolivia habían tomado la dirección contraria.

Las mulas que se fueron, venían. Dos habían rodado con su cargamento de plata al precipicio ahogado por el río Toquela. De eso supieron muchos años después, cuando el andar convirtió el paso de las mulas en viejo camino, y se oía en el fondo del precipicio, a mitad de la noche, un relincho verdadero de mulas y los tumbos de una caída peñas abajo hasta reventar en el estallido del agua, mientras que otra mula tan verdadera como la Luna menguante aguardaba con los ojos vacíos encima de la barranca. Iba y venía hasta que el sonido y la visión entraban en silencio.

EL FUEGO DE SAN JUAN

Claudio cumplió veinticinco años durante el solsticio de junio, más exactamente a las ocho de la noche, la única noche que se puede saber la hora exacta porque se da inicio a la fogata de San Juan en la plaza del pueblo. A diferencia del fuego encendido en otras fechas del año, éste, el del solsticio de junio, que coincidía con el inicio del invierno, tenía un objetivo que los hombres más viejos se encargaban de recordarlo: había que evitar que el mundo se sumergiera en las tinieblas del frío y, de paso, se estimulaba la procreación de los corderos en los potreros de Carumas.

A esa misma hora, hace veinticinco años, dos horas antes de morir de una puñalada al corazón, su padre contemplaba las lenguas de fuego, mientras que su mujer se retorció con los dolores del parto tirada sobre un pellejo de cordero.

Le ocurría cada solsticio de junio, su nacimiento anticipaba la muerte de su padre. Por alguna razón el fuego de San Juan tenía la virtud de trastocar el orden de las cosas. Lo supo varios años después, quizás

tanto como su padre horas antes de morir, cuando vio que no habían oídos que le oyeran, ni ojos que lo vieran, ni voces que le hablaran, dejándolo en un silencio miserable y evitándolo como pudieran. Los hombres le despreciaban, las mujeres trazaban cruces en el aire como si hubieran visto al diablo en persona y hasta los muchachos que antes lo buscaban para que les enseñen a enlazar el trompo, sólo como él sabía hacerlo, ahora se corrían como del perro rabioso o se hacían a un lado como del chanco con sarna. Había nacido para el escarnio, cosa que no le importó en lo más mínimo, salvo meses después, cuando aquello ensombreció a su madre y a su hermana, quienes habían decidido no salir a la calle, ni siquiera para comprar un terrón de azúcar, así tuvieran que morir en ayunas. Entonces tomó conciencia de cuanto había hecho y pasado, quizá como en juego, con su voluntad o sin ella, tal vez porque así son las cosas para algunos justamente porque así no son, y tuvo miedo de sí mismo y poco después una gangrena incórporea empezó a pudrir su alma. Al atardecer encontró en la cocina a su madre y a su hermana bañadas en llanto, culpándose entre sí, y con espanto notó en sus rostros, como si se viera ante un espejo, que ellas también se estaban pudriendo por dentro.

No habían necesitado pronunciar una palabra más, ni dejar mensaje alguno para nadie. Se sentaron frente al fogón de brasas vivas con la mirada seca en las llamas perpetuas.

Esa misma noche dos piadosos hombres tuvieron que hacer varios viajes al pequeño camposanto del pueblo. Sin acompañamiento alguno, como corresponde en los funerales, les dolía en el alma tener que echarles unas paladas de tierra sobre sus cuerpos todavía calientes. Sin embargo, lo que más les molestó no fue que incendiaran la casa de Claudio, sino que nadie creyera que los habían enterrado; aunque lo único que podían ofrecer como prueba en contrario era la tierra revuelta del camposanto.

También lo supieron los lugares descampados, hacia el atardecer o cuando sobrevinía una noche de luna o se desataban las furiosas lluvias de la temporada, pues los desprevenidos solían verlos (juraban verlos) vagando a campo traviesa. Lo que entonces miraban no era más que un hombre con los ojos vacíos que llevaba atadas por el cuello a dos perras. El hombre debía ser Claudio y las perras corresponderían una a la madre y la otra a la hermana. Andaban atados en la muerte como antes estuvieron en vida soportando los escarnios del pueblo. Según los designios de Dios, su condena consistía en caminar

por los derroteros del mundo, abarcando sin prisa ni descanso sus extremos y cercanías, hasta que a fuerza de caminar se les acabaran los pies; es decir, para siempre.

LA CABEZA QUE RUEDA

Cuando la vio por primera vez el pueblo estaba de fiesta y ella de chaperera. Al igual que otras mozas, entre las que se contaban también mujeres mayores, se distinguían de las demás por sus encendidos trajes de colores y el aguayo cruzado al pecho en el que llevaban hojas de coca y pétalos de clavel. Iban y venían ellas provistas de chicha, aguardiente o cerveza, de papas o carne asada en carbón de piedra viva, abriéndose paso a duras penas en medio de un gentío siempre dispuesto a adelantar o repetir una copa o un bocado más.

Al rato supo Sixto Mandamiento que la más joven de las chaperas era celebrada por los muchachos disfrazados o no de diablos, músicos o simples caminantes de feria, y que sus pasos eran seguidos por ansiosos ojos bañados en aguardiente. Verla de pronto delante suyo con el brazo extendiendo una Pilsen fue para Sixto algo así como un regalo de la Santa Patrona de Candarave, cuya fiesta había concentrado a medio pueblo en la casa del alferado.

La volvería a ver en la tarde, durante el «entradero», alcanzando vino a los conductores de autos, camionetas o a los jinetes que iban a caballo con sus terciados ponchos de vicuña y sombrero blanco. Fue precisamente por uno de aquellos jinetes, inclinado sobre la montura de su ágil alazán para levantar el sombrero y agradecer el apetitoso vaso de vino, que supo que ella se llamaba Flor de Margarita y él, Melquiades.

Si no esa misma noche, fue al día siguiente que el silencio volvió al pueblo, el templo cerró sus puertas, la casa del alferado se llenó de desperdicios, los hombres volvieron a las cendas tras los pasos de sus bueyes y corderos, y las mujeres a dar vueltas en torno al fogón. Sí, esa era la sierra, después de la fiesta una silenciosa y fría plaza el resto del año.

Como dijo el sargento Antonio Contreras, había en realidad muy poco pleito; a veces se preguntaba si era necesario un destacamento de policías en un pueblo tan pacífico, pues aparte de perseguir a algún abigeo que venía como el zorro del otro lado de la cordillera, en este pueblo no pasaba nada. Uno que otro maltrato derivado del lío entre marido y mujer, un robo que más parecía una broma, o que se negaban a pagar la cenada de los domingos, eso era todo. Uno se pasaba el día

bostezando; sin pleitos la ley no daba dinero.

Sixto Mandamiento todavía se estaba acostumbrando a una situación en que todo era nuevo para él, empezando por su uniforme bajo el cual se sentía como otro hombre, y ese pueblo de vientos helados que eran un desafío para alguien que, como él, venía de la costa dispuesto a imponer justicia, si no como el llanero solitario, al menos como cabo de segunda, y más ahora cuyo pensamiento lo ocupaba Flor de Margarita. La tarde que ella fue a visitarlo en la propia comisaría, sin nada convenido, como quien acude a preguntar por el estado del tiempo y ofrecerle su ayuda en caso que lo necesitara, Sixto se había emocionado tanto que por poco se puso a llorar, pues no se había equivocado que él también ocupaba algo de los sueños de Flor de Margarita.

Por un tiempo fue ella la que fijaba las citas, día y hora, como si estuvieran en una ciudad y no en un pequeño pueblo a más de cuatro mil metros sobre el mar, donde el reloj no marcaba el paso de las horas, sino la eternidad del tiempo. De no ser porque el lugar era siempre el mismo, la casa donde Flor de Margarita vivía sola, acompañada apenas por los ladridos de un pequeño chusco, Sixto no habría esperado tanto tiempo para imponer la cita largamente acariciada que ella acabó por aceptar desechando los brazos que buscaban atarla en el aire. Y fue justamente un viernes de cielo estrellado que Sixto subió el cierre de su impermeable y atravesó la angosta y retorcida calle que bordeaba una cenada de alfalfa.

Recortada contra la oscura silueta del Yucamani encontró la casa de Flor de Margarita. Y al contrario de lo que pensaba, ninguna luz la animaba, ningún ladrido estaba al acecho. Sixto respiró el desaire, caminó por el patio dando silbidos, estrelló una lata en el corredor oscuro, tosió; pero no obtuvo ninguna respuesta.

Poco después la furia de su alma se calmó en el pasillo oscuro donde había un banco de tierra al que pudo llegar a tientas.

Cuando más convencido estaba que por algo a Flor de Margarita le gustaba fijar las citas, Sixto se frotó las manos al percibir unos pasos que atravesaban el patio. No había sido en vano su espera de casi dos horas, pero tan pronto como estuvieron en el corredor supo que aquellos pasos correspondían a otro hombre, en cuya voz, tono y turbación de su alma, reconoció nada menos que a Melquiades. Dejó que avanzara en la penumbra con las manos alzadas como un ciego hasta que se sintiera descubridor y descubierto a la

vez. La oscuridad que helaba ayudaba tal vez a hablar lo necesario y terminó dejando atadas en los bolsillos las manos de ambos pretendientes. Heridos o no en su orgullo, callaban prolongadamente, llenándose en sus silencios de preguntas y respuestas.

“Flor de Margarita es mi prometida desde mucho antes que llegaras a este pueblo”, se dijo Melquiades.

“Mía tendrá que ser, por algo llevo uniforme”, oyó en sus adentros Sixto, como un trago amargo.

Cada vez que el aire arrastraba un ruido desde el patio, ellos pensaban que llegaba Flor de Margarita. Pero conforme avanzaba el tiempo parecía definitivo que no llegaba. Sabiéndose en falta, quizás, habría decidido pasar la noche donde alguna amiga o un pariente. ¿Se imaginaba el escándalo que se iba a armar en su casa? Sixto rasgó una cerilla para comprobar que estaba a punto de ser las doce de la noche, cuando apareció de súbito aquella luz, blanca como una estrella, que atravesó el corredor y entró por la ventana a la habitación de Flor de Margarita. Un leve ruido acompañaba a la luz.

Sixto y Melquiades estaban asombrados y pronto el temor se apoderó de ellos. La luz que había entrado en la casa, volvió a salir por el mismo sitio, pero esta vez sin hacer ruido.

Por un momento Sixto sospechó que entrando por esa ventana podría encontrar a Flor de Margarita. Sobreponiéndose al miedo adelantó un paso en la oscuridad, como un ladrón cualquiera, y empezó a mover las manos, buscando a tientas la pared, encogiéndose por un caso tropezaba con los objetos, casi hasta tocar el piso; un poco hacia la derecha palpó el lecho y explorándola dio con el cuerpo de alguien que reconoció en el acto. Todavía esperó que reaccionara pensando que si no estaba suspirando Melquiades del otro lado de la pared se habría tirado sobre el calor de ese vientre palpitante abandonado a su suerte. Y sólo después de haber comprobado que el sueño de aquel cuerpo se parecía a la muerte buscó donde creía que estaba la cabeza y palpó el final del cuello. Entonces salió despavorido y alterando en su huida la inicial posición de la durmiente.

Melquiades tambaleó conteniendo a duras penas con los brazos abiertos, pues Sixto parecía un potro en estampida con la garganta llena de resuello. Pero el aire que empezaba a faltarle a Sixto cuando quería hacerse entender amenazaba también dejar mudo a Melquiades

Y no habían tenido tiempo siquiera de reponerse

cuando volvió aquella luz blanquecina destinada a jugarles el mismo partido. Como antes, entró por la ventana, pero no tan segura de sus alas porque enseguida se oyeron unos lamentos de mujer que los amantes no dudaron en reconocer. Tras los lamentos, la luz blanquecina salía y volvía a entrar por esa ventana, extraviada, hasta que creyó encontrar su órbita delante de Sixto.

--Entra y deja mi cuerpo como estaba, que lo has movido.

Habló esa luz, la siempre metálica voz de Flor de Margarita.

Sixto tembló mucho más porque esa luz parpadeó como un ojo que clama ayuda y la propia voz conocida que le había hablado por fin, a él y no a Melquiades, llegaba desde el cuerpo o la luz en tono de súplica, si bien parecía una orden que se imponía a toda fuerza y era superior a toda voluntad. Sixto volvió a encaramarse por la ventana y caminó en la pesadez de un caldo frío, alzando apenas las manos pero escondiendo los dedos como si tratara de evitar el filo de una navaja, queriendo con toda su energía no despertar nada o a nadie, si es que de verdad había alguien, hasta dejar aquel cuerpo palpitante como pensaba que hubiera estado al comienzo.

Después, Sixto y Melquiades se alejaron. Al abandonar la casa alcanzaron a ver aquella luz que retornaba a la habitación de Flor de Margarita.

El resto de la noche Sixto pasó en blanco, atormentado por la idea de haberse encontrado con el cuerpo y la voz de Flor de Margarita pero no con ella. Esperó que se hiciera alto el sol, para hacerle una visita, aunque fuese la última que más que a nadie

le hacía falta a él.

La encontró sentada en el patio ordenando su larga y enredada cabellera.

Bastaba para Flor de Margarita verle la cara de susto, los ojos que no salían de su asombro, aunque no expresaba rencor alguno, para darse cuenta que Sixto no estaba herido en su hombría, sino algo más profundo que eso, le habían alborotado el alma. Ella pidió disculpas, aunque no sabía exactamente por que.

--Pero... anoche...Melquiades...yo...

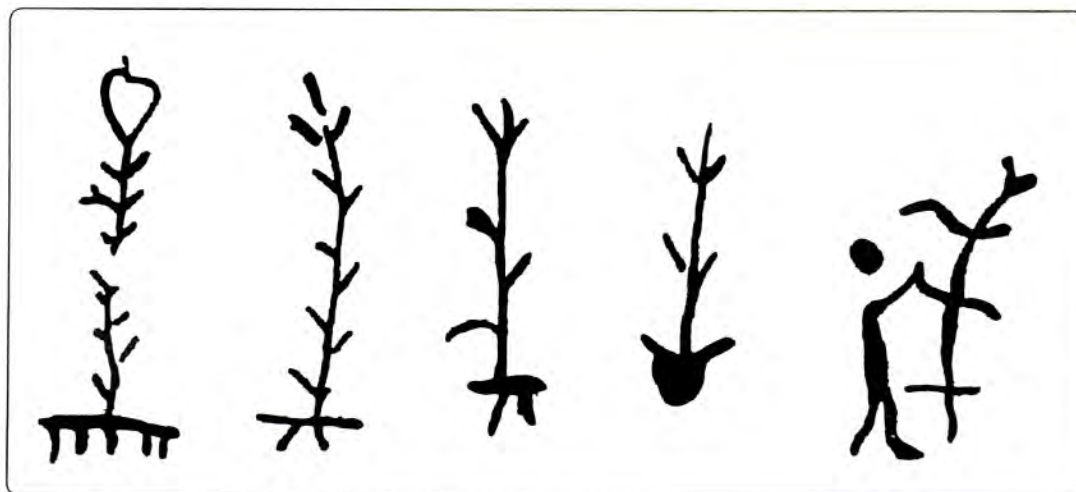
Flor de Margarita echó el busto para atrás.

--Lo siento --dijo-- me tocaba «volar». Rezo dos veces por semana oraciones que me enseñó mi madre, hasta que logro desprender la cabeza de mi cuerpo y entonces voy al encuentro de quienes están en mi odio, libre de toda atadura, sin que nadie pueda reconocermé, dejando mudos a los curiosos, peleando con los de mi especie, aceptando a veces si me invitan ají con sal...

Ella gozaba mientras hablaba, viéndose el cabello por retazos en el pequeño espejo que sostenía en la mano.

Sixto Mandamiento se alejó pensativo; permaneció un tiempo sin animarse a contar su historia. Poco después fue transferido a la costa, a un barrio marginal donde por las noches llueve arena e impide la visión de las estrellas.

No siempre. Alguna noche trepó al montículo de arena y vio, o creyó avizorar, una luz viajera al pie del volcán Yucamani. Entonces pensó en Flor de Margarita, con cierta nostalgia.





Ipomoea bona - nox 'campanilla', de hermosas flores blancas que se abren al atardecer. Se cultiva como planta ornamental en la ciudad de Tacna. (Foto R. Zegarra).